

IGLESIA EN MARCHA

BOLETIN DEL ARZOBISPADO DE SANTIAGO DE CUBA N.º EXTRAORDINARIO

CARTA DE SU SANTIDAD JUAN PABLO II A NUESTRO ARZOBISPO PEDRO

Al venerable Hermano
PEDRO CLARO MEURICE ESTIU
Arzobispo de Santiago de Cuba

Aproximándose la celebración del vigésimo quinto aniversario de tu ordenación episcopal, con razón tu alma rebosa de alegría, piensa en rendir al Dador de todos los dones verdadera acción de gracias. Felicitándote por el preclaro acontecimiento, queremos que nuestra voz se una a las alabanzas de todos los que te conocen y te estiman grandemente.

Por lo demás, aunque toda la labor de tu ministerio pastoral nos induce a alabar lo que como Pastor has obrado, traemos a la memoria principalmente - el cuidado con que condujiste la catequesis y la labor en favor de los presbíteros y los seminaristas. También merece alabanza la fortaleza prudente con que has protegido los derechos de la Iglesia; los conocimientos que de los asuntos sociales a tu grey con destreza has impartido; la diligencia con que preparaste a las instituciones diocesanas de acuerdo con la mente del Concilio Vaticano II. Muy adecuadamente también convocaste al apostolado a las órdenes laicales, para que, juntamente con el clero, desempeñen su misión cristiana.



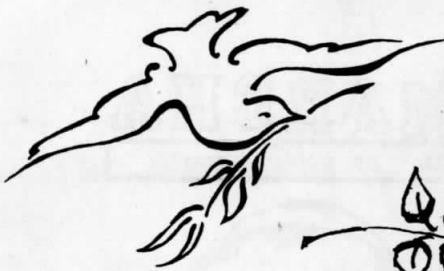
Podemos comprender fácilmente con cuánta alegría tu grey de Santiago de Cuba se une a tí, que celebras este jubileo episcopal. Alégrate pues, Venerable Her-

mano, y regójate y recibe de Nos esta salutación y felicitación cordial, como si estuviéramos presente. Rogamos con vehemencia a Dios que esta tu celebración te traiga mucho consuelo, en vista de tu activa y fructuosa vida anterior.

Seguros de que posees el don de la caridad, y en augurio de los bienes celestes, te impartimos Nuestra Bendición

Apostólica, que deseamos alcance también a quienes amas y a los que te aman.

Joannes Paulus P. II



Enviado



por Dios



Mons. Pedro es de los que, cuando la gente sufre tanto con sus infortunios, les vienen ganas, sienten la tentación de ponerse a sostenerla, como un padre que al enseñar a su hijo a nadar en la corriente de un río, le sostiene con la mano bajo el vientre, y fluctúa entre dos sentimientos adversos: por una parte, si le sostiene de continuo y le sostiene demasiado, el hijo,

confiado en la ayuda, no aprenderá a nadar. Por otra parte, si no le sostiene en el momento crítico, el hijo pasará por un mal trago. Eso es lo que le pasa a él, cuando enseña a nadar en la corriente de sus desesperanzas e infortunios a los que sufren.

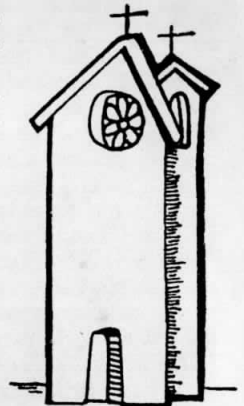
No fue fácil convencerlo para que diera esta entrevista, por su timidez, por su reserva natural, pero... el cariño que sacerdotes, religiosos y fieles le manifestamos de corazón en sus Bodas de Plata de ordenación episcopal, le empujaron a ser condescendiente conmigo y concederme una tarde entera para la entrevista.

Para mí fue un emocionante viaje de la mano de este hombre con la piel del alma suficientemente curtida, con los ojos suficientemente profundos, y la sangre de su razón metida en el corazón.



Pregunta: EN EL MES DE JULIO DE 1967 - LE NOTIFICARON EL DESEO QUE SS EL PAPA PABLO VI TENIA DE NOMBRARLE OBISPO AUXILIAR DE ESTA ARQUIDIOCESIS DE SANTIAGO DE CUBA. UD. ERA MUY JOVEN ENTONCES, ¿RECUERDA CUALES FUERON SUS SENTIMIENTOS DE AQUELLOS DIAS?

Respuesta: Para hablar de eso hay que, de alguna manera, revolver cosas, sentimientos, que están en el fondo de uno, en el fondo del corazón y en la memoria. Estamos hablando de hace 25 años... yo tenía entonces 35; hacía 8 años había llegado, había vuelto a Cuba después de mis estudios. Inmediatamente había entrado a trabajar junto a Mons. Pérez Serantes como su secretario. En esa época ya el pueblo cubano había comenzado a vivir en proceso de revolución. Como joven sacerdote trabajaba en los movimientos de la Pastoral de entonces, con todas las incidencias difíciles de aquellos momentos; como el número de sacerdotes era muy reducido, tuve que hacer de párroco y de secretario.



Me daba cuenta que la edad del Arzobispo iba llegando a una cota en que, ordinariamente en la vida, hay que buscar un sucesor: yo tenía mis propios candidatos para eso. Me daba cuenta que él era una figura de tal relieve que sería muy difícil de sustituir; en verdad que las circunstancias requerían hombres de esa talla. No podría decir

bien qué es lo que sentía en ese momento , porque de alguna manera la noticia me llegó a mí a través de él. No me dijo de qué se trataba: Me llamó, me mandó conseguir un automóvil para ir a La Habana y, cuando ya todo estaba preparado,... me di cuenta que iría yo sólo en el automóvil, que él no iría. Entonces me llamó a su habitación, él se sentó en la cama, me mandó poner de rodillas y me dijo: "Ahora, tomas el automóvil, vas a la Nunciatura, y haces lo que allí te manden". Me dio la bendición, y concluyó: "Vete, y que el Señor sea contigo".



En ese momento empecé a elucubrar cosas, a preguntarme qué estaba pasando. Entre otras cosas pensé: "Yo hice algo que no está bien hecho, y sobre mí se va a tomar una decisión". Lo que más temía (entonces uno pensaba y temía muchas cosas) es que, por alguna razón, fueran a decirme: "Ud tiene que salir del país".

Fui con un amigo; llegamos a La Habana, y al día siguiente me presenté en la Nunciatura. Mons. Zacchi, César Zacchi, que era el Encargado de Negocios de la Santa Sede, me lo comunicó: "Ud ha sido nombrado como Obispo de Teglada de Numidia, Auxiliar de Mons. Pérez Serantes", y pidió mi consentimiento. La primera reacción que tuve fue un NO, un "No, de ninguna manera", cosa que después, cuando lo he comentado con otros hermanos Obispos de aquí y de afuera, me he dado cuenta que no fue una reacción única ni mucho menos. En estos años de Post-Concilio, he hablado con muchos Obispos y sé que esa negativa primera es frecuente. Mons. Zacchi, que fue un hombre que prestó un gran servicio a la Iglesia, a la Iglesia de Cuba en particular, aunque desgraciadamente no todo el mundo lo ve así, fue exponiéndome distintas razones, elementos de juicio que ayudaran a mi toma de decisión..., en fin, comentándome

lo singular del momento que vivía la Iglesia en nuestra patria, la necesidad del conocimiento, del análisis, de la experiencia de todo lo que se estaba viviendo. Me describió algo que yo conocía muy bien por experiencia: la figura de Mons. Serantes; me dijo que él me ayudaría, que se trataba de aprovechar todavía el tiempo que le quedaba. Y llegué a esta conclusión: "Bien, creo que yo no sirvo; estoy seguro que no serviría para ser Obispo de la Iglesia en una situación normal, por lo que he conocido de antes, y por lo que he visto en otras partes del mundo. En este momento que la Iglesia vive en Cuba, cuando se resalta el aspecto de la Cruz, (la Iglesia que lleva la Cruz, y el Pastor que lleva la Cruz con su pueblo), estoy dispuesto a aceptar".

Honestamente, pensé entonces: "si algún día se da el momento, la ocasión, y puedo darle a otro hermano esta carga, mi intención es justo ésa: es decir, que entonces busquen a quien pueda asumir esto; mientras tanto, haré lo que pueda hacer". Así, fueron, más o menos, mis sentimientos y pensamientos de aquellos días.

Pregunta: COMO UD. COMENTABA MONSEÑOR, LE HA TOCADO VIVIR UNA EXPERIENCIA MUY DURA, EN CIRCUNSTANCIAS ESPECIALES, DENTRO DE UN SISTEMA SOCIO-ECONOMICO MARXISTA. DE HECHO, SER PASTOR DE UN PUEBLO CREYENTE DENTRO DE UN SISTEMA QUE SE AUTOPROCLAMABA, INCLUSO EN UN DOCUMENTO TAN ESENCIAL COMO LA CONSTITUCION, COMO MILITANTE ATEO, NO ES NADA FACIL, ¿Y UD HA SIDO PASTOR DURANTE 25 AÑOS EN ESTAS CIRCUNSTANCIAS!: ¿QUE PUEDE DECIRNOS SOBRE SU EXPERIENCIA EN ESTE CUARTO DE SIGLO?



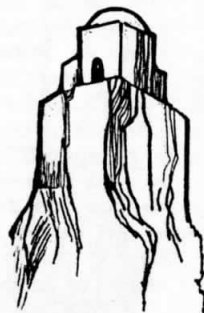
Respuesta: Una cosa es, diríamos, una revolución vista desde fuera, o concebida intelectualmente, y otra cosa es una revolución vivida desde dentro; ver, de una manera u otra, cómo el Pueblo tiene que entrar en ese proceso. Creo yo que vivir eso simplemente como ciudadano, vivirlo como cristiano, como hombre de fe, como sacerdote, ya es toda una tarea; el tratar de conservar la propia identidad, la propia honestidad en situaciones donde se dan cambios tan bruscos, a veces tan violentos ...es todo un reto. Quizás los peores cambios, los más difíciles de asumir,



de vivir en ellos, no son los cambios socio-económicos o políticos, sino todo el andamiaje cultural, ideológico que eso supone, que apunta a cosas muy profundas y fundamentales en la vida. Yo no estaba preparado para enfrentarme a unos retos como esos, para ser pastor en una situación con esas características. Yo siempre digo, medio en broma medio en serio, que me prepararon para otro tipo de mundo, para otro modelo de pastoral, en los años de Seminario, en los años de Especialidad en la Universidad, pero no para un contexto precisamente como el que me ha tocado vivir. Creo que los elementos fundamentales que recibí de mis Superiores, de mis profesores, gracias a Dios eran válidos, y cuando una cosa es válida, es vida y se ha asumido fundamentalmente, se confronta con la realidad, con cualquier realidad humana que se pueda dar, y es capaz de, ayudar a vivir en esa realidad, porque siempre hay una realidad junto a otra realidad.

Los primeros años fueron muy tormentosos, muy difíciles; uno veía, diríamos,

caer todo aquello que se había edificado. Nunca se me olvida, el sufrimiento del que era mi Arzobispo, Mons. Pérez Serantes, al ver cómo iban sucediéndose acontecimientos, que entonces aparecían con fuerza, con ímpetu, en la vida nacional; tenían que ver con todos los aspectos de la vida, también, y muy fundamentalmente, con la Iglesia. Creo haber seguido muy de cerca, haber vivido ese sufrimiento. Una vez él me hizo esta observación: "Al final de mi vida, cuando ya tengo 80 años y miro lo que hice, todo lo que trabajé, veo cómo todo ha sido confrontado y muchas de esas cosas ya no son válidas, han pasado". Creo que para él fue una gran purificación, una prueba de fe. Yo, que asistía entonces un poco como asustado a toda aquella realidad, fui aprendiendo fundamentalmente de él muchas cosas que me han servido después en mi vida de Obispo, de Pastor. Creo que hemos tenido una línea pastoral bastante definida, teniendo en cuenta la realidad en la que nos movíamos. En los últimos años hablamos mucho de una planificación, de "planes pastorales", pero yo creo que hay una pastoral fundamental (no quiero usar la palabra "táctica pastoral"), que es la atención y el seguimiento a la persona y a la comunidad, a las comunidades, en las circunstancias por las que se atraviesa, cuando se está tratando de defender y de conservar en la persona y en las comunidades las cosas elementales, las cosas fundamentales. En tiempos de tempestad, todo el mundo se recoge y trata de guarecerse contra la fuerza de los vientos y las lluvias.



Sucede algo también con los que vivimos dentro de una sociedad en revolución, que tratamos de guardar las "cosas fundamentales" para volver

otra vez después, -ya en momentos menos contrastantes, menos violentos-, a tratar de continuar la vida. La pastoral que funciona según ese modelo quizá no tenga nombre, pero se hace realidad en el encuentro con las personas, en el seguir la vida ordinaria de todos los días, en saber sacarle el fruto al caso de cada día, de cada comunidad, de cada persona... Eso es lo que he procurado hacer en mis predicaciones, fundamentalmente en los comentarios dominicales de la Palabra de Dios y en el encuentro con las personas: ir confrontando la realidad, la propia vida, a la luz del mensaje de Dios, ir, poco a poco, dando los pasos que "en la prudencia pastoral de ese momento", no en la cobardía, uno piensa que deben darse. No sé si se puede recoger propiamente una experiencia de 25 años vividos así, pero es más o menos lo que siento que ha sido mi experiencia episcopal.



Pregunta: LA VIDA DE TODOS LOS HOMBRES ES UN TRAMADO DE ALEGRÍAS Y TRISTEZAS, DE ESPERANZAS Y PREOCUPACIONES. TAMBIÉN, COMO NO, LA VIDA DE UN OBISPO, DE UN ARZOBISPO. ¿CUALES FUERON, MONSEÑOR, DURANTE ESTOS 25 AÑOS, SUS ALEGRÍAS MAS IMPORTANTES, SUS TRISTEZAS MAS PROFUNDAS, SUS ESPERANZAS Y SUS PREOCUPACIONES?

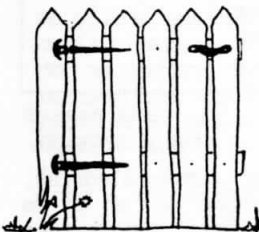
Respuesta: Cada persona es como es. Dicen que uno nunca se conoce bien a sí mismo; un filósofo antiguo hacía un llamamiento continuo a eso, a conocerse a sí mismo. Mirando de ese modo, en perspectiva, no sólo estos 25 años, sino mi vida entera, creo que podría decir: "la impresión que yo tengo de mí, es que no soy una persona de gran resonancia"; quizá eso se contradice con la emotividad o con lo que otros dicen de mí, pero bueno,

yo al menos noto que no soy una persona de gran resonancia. Las circunstancias de la vida me han ido acostumbrando a controlar o a dominar la espontaneidad de mis emociones, más las de la alegría que las de la tristeza.

Pensando en lo que Ud. pregunta, le diría que tengo sólo una tristeza, y que esa tristeza (es significativo que no empiece a hablar de las alegrías, sino de las tristezas) es..., no voy a decir una gran tristeza, sino una tristeza continuada, formada por muchas pequeñas tristezas; al fin y al cabo, la alegría y la tristeza son pasiones que uno padece, si está vivo. Los hechos tristes de la vida, el ver sufrir a personas, hechos determinados que uno piensa que debían ser de otra manera... eso es lo que se va sumando hasta llegar a esa tristeza continuada.

Cuando miro hacia atrás encuentro dos cosas en mi vida, que me han tocado muy profundamente con ese sentimiento de tristeza que le dejan a uno por dentro algo muy fuerte; curiosamente, las dos están relacionadas con separaciones: Una ha sido, la separación de mi familia.

Cada persona es libre, puede hacer lo que quiere, debe escoger su camino, pero... el hecho es que yo estoy solo en Cuba; toda mi familia, mis hermanas, por las circunstancias, están en el extranjero. Eso, para mí ha sido una tristeza y lo sigue siendo, sobre todo con mi madre. Hubo un momento en que ya ella

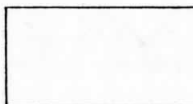
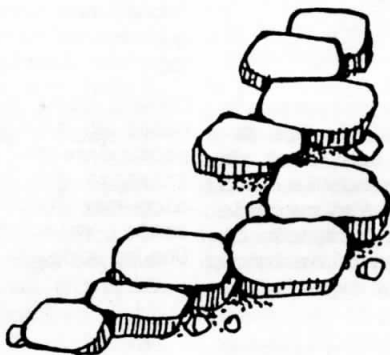


se quedaba sola conmigo. Pensé que yo no era lo mejor para poder atenderla en los años de su ancianidad, y tuve que rogarle que se fuera con mis hermanas; pero el hecho de que se lo pidiera, no quiere decir que no sufriera gran

demente por eso; incluso hoy sufro por aquella decisión mía. Esa es una gran tristeza; otra se relaciona con mi niñez. Yo de niño, apenas conocí a mi padre, aunque guardo muy buena referencia de él; creo que eso ha contribuido a darme una cierta estabilidad en la vida, cuando veo y analizo casos de otras personas. Para mí hubo varias personas, varios hombres que influyeron profundamente en mi vida, pero fundamentalmente uno: Mons. Enrique Pérez Serantes. El día de su muerte, para mí fue el día más oscuro de mi vida; como se dice vulgarmente: se me unió el cielo y la tierra. Fue una gran tristeza aunque de una manera con-trastante. Lo percibí como lo que es, una "pascua" para una persona, pero un "triumfo" y una "liberación" que tiene mucho de desgarramiento, de tristeza: la realidad de la muerte, que al final pasa la cuenta, y se presenta como vencedora. En la penumbra de la fe, uno ve también, empieza a ver, cómo se cumple en alguien, en un ser tan querido, el otro aspecto de la Pascua, la otra cara de la medalla. Sé que la muerte tiene una enorme dimensión de esperanza, de alegría diría yo, pero ése es otro gran aspecto, otra gran dimensión.

En el capítulo de las grandes alegrías, tengo que decir lo mismo que en el de las tristezas: sea por mi falta de resonancia, sean por las razones que sean, no puedo encontrar "una gran alegría"; tampoco puedo hablar, de una alegría continuada, así como hablé de una "tristeza continuada". Pero sí, ha habido muchos momentos en que me ha embargado el sentimiento de la alegría; curiosamente, más por la alegría de otros: al verlos a ellos, vibrando con su alegría,

he entrado en sintonía. No sé: Reencuentros con personas que uno, por una razón o por otra, creía ya a distancia, ya definitivamente alejados en la convivencia humana y en la convivencia de la fe; amigos que han pasado momentos difíciles y que, con esfuerzo, han conseguido cosas buenas. que se proponían para ellos y para los demás; jóvenes que he visto por la vida, que se proponían metas, que han luchado y las han conseguido, (ver que por fin algunos llegaban a la meta de su vida; el sacerdocio); dificultades en parejas, en jóvenes parejas, que me he topado en la vida, ver cómo al final han logrado llegar no sólo a reconciliarse, sino a profundizar, a descubrir otra dimensión en su vida de pareja. Creo que la alegría, ésta alegría, está constituida por esas pequeñas alegrías. A mí me parece que la gente vive la alegría de otra manera. ¡Me maravillo de ver personas que tienen ese don, esa gracia, ese carisma, de ser así, refrescantes!



Hno Luis. ¿Y LAS PREOCUPACIONES?

MONS. PEDRO: Era una pregunta con cuatro detonantes. Las preocupaciones... Bueno, creo que fue una de las lecciones de mi Arzobispo, Mons. Serantes, a quien muchas veces veía como preocupado, y no era para menos. Cuando yo le comentaba: "Mons., parece preocupado", la respuesta de él era una frase del Evangelio, de S. Lucas: "Bástale a cada día su propio afán"; también decía: "Ocupate de las cosas y no te preocupes mucho por las cosas". Esto lo hacía él incluso a sus 80 años, a tiempo pleno; es algo que uno veía que era así.

La verdad; dicen que para un Secretario no hay grandes hombres; están tan cerca del otro, que lo ven en toda su realidad



humana. Yo fui 10 años Secretario de él, y no puedo decir lo mismo; mientras más cerca estaba, más veía su grandeza, la dimensión de su fe; eso me ha servido en mi vida, en el momento de las preocupaciones.

Pudiera quizá, sí, hablar, de una gran preocupación, que es el no saber responder a la necesidad del momento, diríamos, no trabajar lo suficiente, capacitándose para las obligaciones que uno tiene, y de esta manera poder enfrentar los problemas fundamentales,

con los que uno va topando. Quizá, la preocupación sea esa. Pero trato de colocarla también, no podría ser de otra manera, en la palabra del Evangelio: "Bástale a cada día su propio afán". Puede ser que me consuele con eso falsamente, pero bueno, al menos me ha servido para el tiempo en que he vivido en tensión, como para no romperme. Dios me ha dado la gracia de poder soportar mis propias tensiones y, de alguna manera, ayudar un poquito a los demás a llevar las suyas.

Otra cosa que me ha ayudado a sobrellevar las tensiones es el constatar la gran distancia que hay entre la gracia de Dios y el esfuerzo de uno. El fenómeno más importante, más contrastante en mi vida de ministerio sacerdotal y episcopal, es esa realidad: sentir en lo más profundo que "es el Señor quien lo ha hecho y es un milagro patente". No milagro en el sentido ése de una cosa extraordinaria que todo el mundo ve, sino yo, cómo desde mi pequeñez veo la desproporción que hay entre lo que uno hace y lo que Dios da, lo que Dios va dando continuamente. Así que uno se preocupa por las cosas, pero también constata que cuando va a llamar a una puerta, el Señor está dentro, aunque uno cree que va a poner una pica en Flandes. Que cuando uno habla y pien-

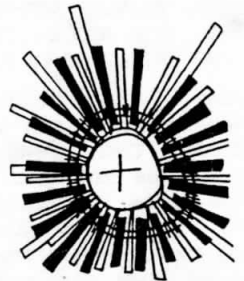
sa, se da cuenta de que hay una frase, una cosa a la que uno no le ha dado absolutamente ninguna importancia, ni cree que la cosa va por ahí, y en realidad es eso: El Señor se ha servido de uno para hacer su obra, para hacer lo que El quiere.

En cuanto a las ESPERANZAS..., bueno, eso es..., (la palabra Esperanza es una palabra un poco peligrosa, porque se puede convertir en una especie de utopía, que lo aliena a uno, una especie de zanahoria que se le pone a uno delante para que vaya caminando detrás de ella sin alcanzarla nunca).

Hno. Luis: PERO BUENO, LA ESPERANZA SIEMPRE TIENE UNA DIMENSION DE FACTIBILIDAD.

Mons. Pedro: Sí, en realidad es así. Ud lo ha dicho, y me alegro de que sea Ud. quien lo haya dicho. La esperanza tiene siempre un aspecto de compromiso personal. Es contradictorio que yo no camine hacia la dirección en que veo mi esperanza, y es porque no tiene sentido esperar una cosa si uno no se pone en camino para conseguirla.

No sólo el que hace la experiencia de no estar, de no sentirse completo ante lo que vive, y sentir un sinsabor que le hace a uno mirar a otra parte, buscar algo distinto de lo que tiene: Ese es otro elemento que constituye la esperanza; también el darse cuenta que uno mismo tiene que ir, de alguna manera, haciendo esa esperanza en la que uno cree. Jesús es el Señor de la Historia,



es verdad, pero la historia está llena de contradicciones que le empujan a uno hacia la duda sobre la presencia de Dios en medio de ella... y entonces se hace necesaria la fe, la confianza en Dios, entonces viene el agarrarse a la esperanza de que algún día se hará manifiesta, clara, la presencia del Señor en medio de las alegrías y tristezas de cada hombre y mujer del pueblo.

Vivir esa fe, esa esperanza, afirmarlas con la propia vida, ha sido mi misión a lo largo de todos estos años; luego está el llamar a otros a esta misma esperanza, el comunicársela.



Mi gran deseo, que es lo mismo que decir mi gran esperanza, es que el pueblo cubano que ha vivido -que está viviendo- esta experiencia tan singular, llegue un día a encontrarse plenamente con la persona del Señor; lo espero para toda la humanidad, pero de forma muy especial para mi pueblo.

Hno Luis: CADA GENERACION TIENE SUS RETOS, TAMBIEN LOS GRUPOS SOCIALES, TAMBIEN, CLARO ESTA, NUESTRA IGLESIA CATOLICA. ¿CUALES SON, MONSEÑOR, A SU CRITERIO, LOS RETOS ESENCIALES QUE TENEMOS COMO CATOLICOS EN ESTA CUBA DE HOY?

Mons. Pedro: Me parece que todas las generaciones son confrontadas. Ud lo dice: "Cada generación tiene retos", y ésa es una gran verdad. Más o menos los retos son los mismos; sólo que para el cristiano de hace 500 años, de hace 30 años, se manifestaron de una manera, y en unas circunstancias diferentes a las nuestras. La respuesta al reto uno la va construyendo con su propia vida, eso es lo que cuenta. El reto supone, de alguna manera, una situación conflictiva en la que se van sumando elementos que piden una respuesta en fidelidad con los principios. Uno hace su opción,

y coge por ese camino. La peculiaridad vendrá dada por el espacio y el tiempo, por el conjunto de personas, de hechos, de circunstancias que se viven. Entonces, uno se siente confrontado y tiene que buscar.

Yo creo que cualquier persona que viva en Cuba en estos momentos, comprende que estamos viviendo una situación muy singular. Todos nos damos cuenta que se trata de una situación que no puede continuar así, agudizándose permanentemente.

Creo que nosotros sólo tenemos un reto en estas circunstancias: Cómo lograr que la Iglesia y el Pueblo caminen juntos, cómo ser fieles, leales, con el Pueblo Cubano en circunstancias tan difíciles.

Somos cubanos, y nuestra Iglesia también es pueblo, está metida dentro del pueblo. Fidelidad al "pueblo" significa, pues, no buscar otros intereses que no sean los suyos, no dejarnos ni conquistar, ni aplastar por nada: ni ideologías, ni personas concretas, ni grupos de presión...; poner los intereses del pueblo sobre cualquier otro interés, a precio de la propia comodidad, a precio de lo que sea.

Esto es lo que constituye nuestra respuesta original.

La Iglesia Católica, a la que vemos con todas sus limitaciones, puede ser contrastada, puede ser contestada, pero, a pesar de su pecado, que como toda institución formada por hombres y mujeres carga consigo, tiene la asistancia del Señor que la envía continuamente a descubrir su presencia en cada momento de la historia del pueblo. A esta Iglesia nuestra, también le debemos fidelidad.



En la medida que mantengamos fidelidad

al Pueblo y a la Iglesia, soportando las tensiones que esa fidelidad trae consigo, soportando la cruz, estaremos avanzando hacia la Pascua, estaremos haciendo renacer la esperanza, estaremos acercándonos a la resurrección.

¡Nuestro reto es la FIDELIDAD.!



Pregunta:

SIEMPRE ME HA LLAMADO LA ATENCION, CON MUCHO AGRADO POR CIERTO, QUE BASTANTES FIELES, CUANDO HABLAN DE UD, DIGAN: "EL PADRE MEURICE", Y NO: "EL SEÑOR ARZOBISPO" O "MONSEÑOR"; NO ES CORRIENTE ESO NI EN NUESTRA IGLESIA, NI EN EL MUNDO, DONDE TANTO SE AIREAN TITULOS Y HONORES. ¿COMO SE SIENTE UD., MONSEÑOR, CUANDO DESPUES DE 25 AÑOS DE OBISPO SE OYE LLAMAR "PADRE"?

Respuesta: Ud. sabe que esa es una pregunta que yo no quise contestar en principio; pero, ante su insistencia, veo que no me queda más remedio.

Si se es hombre, el sentimiento de paternidad lo lleva uno muy dentro; me refiero a la paternidad en sentido biológico. Pero está también el sentimiento de paternidad sublimado que se desarrolla en quienes consagramos nuestra vida a Dios.

Creo que alguien tiene derecho a ser llamado "padre" cuando ha engendrado algo, cuando ha luchado, y sufrido, y ayudado para que eso crezca; también cuando le ha entregado la propia vida, las energías, y siente la alegría de verlo crecer y llegar a ser más que él mismo.

Yo no me atrevo a decir que haya sabido

hacerlo, pero quisiera que, de alguna manera, los que me llaman "padre" no estén diciendo ninguna mentira.

Sesenta años es una vida "ya hecha". No puedo negar que en este tiempo he tratado de sembrar el campo del Señor, he invertido energías en hacer crecer la simiente, aunque sé que debería haberlo hecho mejor y con más intensidad.

Tengo que confesarle que me siento contento, me siento alegre cuando veo a otros que saben más que yo, que tienen más creatividad, que son capaces de dar respuestas que yo no soy capaz de dar... me refiero a mis sacerdotes, a los laicos; en el fondo ese sentimiento tiene un cierto tinte de orgullo, pues al fin y al cabo, esos que trabajan así, esos que saben tanto, son un poco parte de mi obra, algo hice por ellos alguna vez para que pudieran aprender eso o descubrir aquello, o hacer realizar aquello otro.

Sí, ese es el sentido que doy yo a mi paternidad.



Pregunta: EN SU OFICINA LA PRESENCIA DEL RETRATO DE SU MAMA ES SIGNIFICATIVA. UD. ME HA COMENTADO YA COMO UNA DE LAS GRANDES TRISTEZAS DE SU VIDA FUE EL AJAMIENTO DE ELLA DE SU LADO. ¿QUE FUE PARA UD., MONSEÑOR, SU MAMA EN SU DIMENSION DE HIJO, DE SACERDOTE Y DE OBISPO?

Respuesta: No creo que pueda existir un hijo que no hable bien de su madre; aunque sólo sea por el hecho fundamen-

tal de recibir de ella la existencia, sólo ese hecho establece un tipo de relación entre ambos que nada ni nadie puede sustituir. Si a ese hecho fundamental se agrega que después, en la vida, la madre sigue siendo madre, continúa siendo madre y termina siendo madre, entonces el amor del hijo para con ella alcanza niveles verdaderamente altos.

Mi madre era una mujer sencilla, de pueblo. Hija de una cubana y un catalán que llegó a Cuba al final del siglo pasado, y como la mayoría, hizo algo de fortuna, que con la guerra de Independencia se vino abajo. Cuando la "Concentración de Weyler" tenían una finca cerca de Bayamo; como otros muchos, fueron "concentrados", y vinieron a dar a lo que después fue el pueblito de S. Luis, que por entonces nacía, aquí, cerca de Santiago de Cuba. En S. Luis nació mi madre, justo al final de la Guerra de Independencia, en el año 98.



He encontrado cosas curiosas en la vida de mi madre que me han dado una nueva perspectiva: Por ejemplo el hecho de que siendo jovencita, antes del matrimonio, aprendiera mecanografía (cosa poco común para una mujer en ese tiempo) y saliera a trabajar fuera de casa, en el ayuntamiento. Después contrajo matrimonio y comenzó a construir la vida del hogar.

Hurgando en mis recuerdos, le tengo que decir que la primera vez que yo vi un rosario en la mano de una persona, lo vi en la mano de ella, y la primera vez que vi orar a una persona fue a ella a quien vi orando, a quien veía orando muchas veces.

Ella quedó viuda siendo muy joven. Mi padre murió el 17 de febrero de 1939.

Era procurador y ganaba lo necesario para vivir. Ambos estaban preocupados por la educación de los hijos tanto como podían estarlo entonces las familias que no tenían medios para otras cosas. Con la muerte de mi padre quedamos indefensos, mi madre y nosotros.

Aquí me asalta el recuerdo de un ejemplo de la familia:

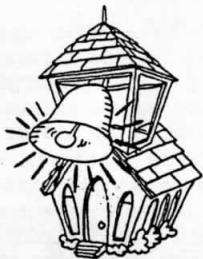
Los hermanos de mi madre eran pobres como ella, pero recuerdo muy bien cómo ellos la ayudaban, la sostenían, y de verdad que lo necesitábamos: pues a todo lo anterior se agregó que mi hermana mayor, por el impacto de la muerte de mi padre, quedó muchos meses postrada en cama.

Recuerdo a mi madre ocupada en llevar la casa, cosa que sabía hacer muy bien, y también la recuerdo doblada sobre una máquina de coser horas y horas, hasta la una, hasta las dos de la madrugada. Hacía camisas, pantalones, todo tipo de ropa para una tienda que había en el pueblo, y a un precio que ahora uno ve como algo irrisorio. Así ella, con una pequeña pensión -mi padre había sido Veterano de la Independencia-, con su esfuerzo y su buena administración, fue llevando adelante a la familia, hasta que mis hermanos mayores, el varón y la hembra, pudieron empezar a trabajar.



En ese tiempo, estoy hablando del año 44, empezó mi contacto con el Seminario, con lo que llamaríamos el Equipo Vocacional de entonces. Primero fue un Hno. Marista que pasó por la parroquia, después el Rector del Seminario, y finalmente, el Párroco. Me imagino que entre el Párroco y el Espíritu Santo decidieron que lo mío pasaba por el Seminario, y no con los Hermanos Maristas, ni los Hermanos de La Salle.

Eramos 6 hijos: 3 varones y 3 hembras; supongo que partiendo de este hecho, cuando el párroco habló con mi mamá, le planteó entre otras cosas lo siguiente: "Al fin y al cabo, uno le da un hijo a Dios, y Dios te lo devuelve con creces. En tu ancianidad él será tu báculo". Mi madre estaba clara en eso de entregar un hijo a Dios; entonces le respondió



al párroco, y luego me lo repetía a mí cuando volvía de vacaciones: "Bien, tú vas al Seminario; tu vida es para Dios. Yo no espero nada de eso, ni quiero nada de eso. No quiero recibir nada de eso. No quiero

recibir nada a cambio. Lo que quiero es que tú te entregues a eso, si crees que en eso está tu felicidad".

Diría que mi madre era una mujer de poca resonancia; creo que yo también en eso soy como ella. Sabía llevar sus pequeñas tristezas por la vida, los problemas, y también sus pequeñas alegrías. Me parece que en la alegría era mucho más expresiva que yo. De la misa de funeral de mi madre -cuando murió en Miami- mi hermana mayor retuvo una frase que dijo Mons. Nevis, el obispo auxiliar de esa diócesis: "siempre me impresionó como la mujer de la cara sonriente". Y es verdad, yo he empezado a buscar en mis recuerdos, y veo que ella siempre fue constante en la serenidad, aún en los momentos difíciles, en los más adversos: siempre con la confianza en Dios, la confianza del pobre que no tiene medios y pone en el Señor sus alegrías y sus tristezas. Esos son algunos de los recuerdos que tengo de mi madre.

Desgraciadamente, en los últimos años de su vida, tuve que pedirle que se fuera; ella siempre me pidió quedarse. A veces pienso que cometí un error en eso. Estuve con ella en los últimos momentos

de su enfermedad, pero no pude estar presente el día de su muerte.

Cuando miro hacia atrás, una de las grandes cosas que le agradezco a Dios es el haberme dado los padres que me dio. Porque, aunque usted me ha preguntado sólo por mi madre, tengo que decirle que también de mi padre tengo gratos recuerdos, aunque no demasiados (yo era muy niño cuando él murió), anécdotas, cosas que suponen una vida, una cercanía, un cariño, y a la vez una autoridad, todo eso junto. Muchas veces cuando pienso en Dios como Padre voy por la vía de mi padre: es decir, si mi padre, que era sólo un hombre, fue así, tan bueno, tan cariñoso, ¿cómo serán de grandes la bondad y el cariño de Dios?.

Pregunta: MONSEÑOR PEDRO, EN UNA SERIE DE PREGUNTAS HA MENCIONADO A MONSEÑOR ENRIQUE PEREZ SERANTES, Y SIEMPRE DE UNA FORMA MUY LAUDATORIA. ESTO ME HACE PENSAR QUE, EFECTIVAMENTE, SUPUSO MUCHO EN SU VIDA. UD. ESTUVO MUY CERCA DE EL. LE AGRADECERÍA NOS RESUMIERA QUE SIGNIFICO ESA CERCANIA, SOBRE TODO EN LOS ULTIMOS AÑOS DE SU VIDA.

Respuesta: En la vida de cada uno hay personas que tienen una importancia capital, que dejan huella, que marcan, que de alguna manera le "ayudan a ser".

Yo he tenido la suerte de encontrar personas así en momentos determinantes - de mi vida: Personas que han contribuido a formarme, a ayudarme a ser hombre de fe, sacerdote y obispo; Monseñor Serantes fue una de esas



personas, y con unas proporciones extraordinarias. Recuerdo también a los Padres Madariaga (dos hermanos carnales), al P. Barandiarán, a los Padres Arrizabalaga (dos hermanos carnales también)

...cada uno a su estilo, fue poniendo en mi tierra la simiente que luego se ha convertido en fruto.

De aquellos sacerdotes vascos aprendí que para ser sacerdote hace falta primero ser hombre; aprendí también a cultivar las virtudes naturales: el sentido de la verdad, el sentido de la justicia... Pero usted me preguntó sobre Mons. Pérez Serantes. La primera vez que le vi fue con ocasión de la muerte de su predecesor, Mons. Zubizarreta, que fue también un hombre sabio y santo. Mons. Serantes

impresionaba por sus dimensiones corporales: era un hombre alto, corpulento, de más de 300 libras de peso; esta corpulencia era también una dimensión interior: Era hombre de fe, y la transmitía; vivía, como dice la Escritura, "como si viera el rostro del Invisible".



Mons. Serantes llegó a Cuba después de la guerra del 98. Su padre fue soldado en la Isla a finales del siglo pasado, volvió a España, y contrajo matrimonio; el 22 de noviembre de 1884 nació su hijo Enrique, quien vino a Cuba muy joven -apenas con 15 años- en 1899, un año antes de terminar el siglo. En La Habana el Seminario estaba cerrado; entonces empezó sus estudios de Humanidades con los Padres Jesuitas. Más adelante el Obispo le envía a Roma, y allí hace Filosofía, Teología y Sagradas Escrituras. Obtuvo lo que entonces se llamaban "Las 3 Borlas": Doctor en Filosofía, Teología y Escritura. Regresa a Cuba en 1910 ó 1911 y empieza en La Habana su ministerio sacerdotal como profesor del Seminario. Trabaja también en la Pastoral Social con los obreros del Puerto, y funda un pequeño periódico: "EL FARO".

Cuando al Arzobispo Zubizarreta le nombran Administrador Apostólico de Cienfuegos, se lo lleva como Vicario General.

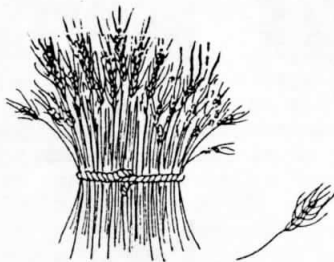
Pérez Serantes fue ordenado obispo en 1922 y se le encomienda la diócesis de Camagüey, que dirigió hasta 1949, cuando la Santa Sede le traslada a Santiago de Cuba con el nombramiento de Arzobispo. Murió en 1968; así que estuvo 19 años al frente de esta Arquidiócesis.

Monseñor Serantes conocía a Cuba igual que un cubano, mejor que muchos cubanos. Vivió en la Isla desde 1899, cuando dejaba de ser colonia española y daba sus primeros pasos la República. Conocía la historia de Cuba; había vivido la historia de Cuba: Creo que no hubo personaje histórico significativo en la Cuba de entonces que él no conociera personalmente, con el que no hubiera tenido alguna relación. Sí, él fue cubano, y un buen cubano, no por nacer aquí, sino por amar a Cuba, por haberle entregado su vida.

La primera vez que nos vimos cara a cara ya había ingresado yo al Seminario; fue en un examen de Filosofía. Existía la costumbre de que el Obispo asistiera en determinadas ocasiones al Seminario: Apertura del Curso, Exámenes Finales (de Filósofos y Teólogos), Clausura de Curso; le invitábamos también el día de su cumpleaños, y hacíamos una velada en su honor... En fin, le repito que la primera vez que nos encontramos cara a cara fue en un examen de Filosofía. Nunca se me olvidará el Tema: la tesis que salió fue "el tiempo". El empezó a preguntarme sobre "el tiempo en Kant" (entonces yo tenía 18 años y "me decían" que estudiaba filosofía). Parece que supe dar un cierto orden a las ideas que tenía mal prendidas en la memoria y... me quedé con la impresión de no haber salido mal en aquel encuentro con él, que sí era un filósofo de verdad.



Después, en mis vacaciones del Seminario, le ayudé más de una vez en las misiones; es decir, estaba allí y hacía lo que él me dijera. Ahí empezó a notar que yo era un poco tímido o un poco torpe, las dos cosas juntas quizá... y me sacudía, me sacudía fuerte durante esas misiones.



Cuando los Padres Jesuitas se encargaron aquí del Seminario, me envió a Santo Domingo para que terminara Teología. Cuando me ordenó como sacerdote yo apenas había cumplido mis 22 años, y una señora le comentó: "Usted está jugando a hacer niños sacerdotes".

Es probable que él intuyera que aún no tenía madurez suficiente para iniciar mi labor como sacerdote, y me envió a Vitoria (España) a una Escuela para Directores de Ejercicios Espirituales; estaba entonces como Rector de aquel centro el ahora Cardenal Arzobispo de Madrid, Mons. Angel Suquía. Allí volví a encontrarme con aquellos profesores vascos que tanta impronta dejaron en mí, durante los años de seminario; allí pude profundizar en la espiritualidad sacerdotal del clero diocesano. Conocí también a una gran figura sacerdotal, Don Rufino Aldabalde, que aún hoy día sigue siendo el animador de un Movimiento Sacerdotal de mucha significación en las provincias españolas del norte; la espiritualidad de ese movimiento me ha servido en toda mi vida de sacerdote.

Después de la experiencia de Vitoria, Mons. Pérez Serantes me envió a Roma con el encargo de estudiar Derecho Canónico. Me hubiera gustado estudiar otra

cosa, pero entonces no era corriente el consultar los gustos del interesado, así que estudié Derecho, y una vez graduado regresé a Cuba, el 27 de Octubre de 1958.

Eran los últimos tiempos de la tiranía de Batista: La ciudad estaba cercada, las noticias eran alarmantes, se respiraba tensión por todas partes, aparecían muertos aquí y allá...; quizá debido a todo esto el Señor Arzobispo decidió dejarme aquí en el arzobispado, junto a él. Creo que esa ha sido una de las gracias más grandes que Dios me ha concedido en la vida.

Entonces las autoridades e instituciones públicas tenían en cuenta la persona del Arzobispo, y él me mandaba al Cuartel Moncada, a interesarme por jóvenes "desaparecidos" cuyos familiares venían a solicitar su ayuda; a la estación de policía, a la oficina de algún juez, a los juzgados correccionales, o a tratar con algunos jefes pandilleros de entonces, del tiempo de Batista. Ese fue el mundo con el que me encontré a mi regreso, y así siguieron las cosas hasta que triunfó la Revolución.



Con respecto a Mons. señor Serantes hay un hecho fundamental que tiene mucha relación con la historia de Cuba de ese entonces: su participación en el momento del 26 de Julio. A mí nunca se me olvida una frase suya, en respuesta

a críticas directas sobre su actuación en aquella circunstancia: "Lo hice, y lo volvería a hacer mil veces si fuera necesario: Era mi misión de sacerdote, de pastor, y estoy dispuesto a repetirlo con cualquier persona que esté en la misma o parecida necesidad".

Cuando Pérez Serantes llega a Santiago de Cuba ya trae fama de "obispo misionero

ro". Acostumbraba a decir que en eso había sido discípulo de Mons. Guizar Valencia, un obispo mexicano que, cuando la persecución de Calles, vino a Cuba y trabajó en la diócesis de Camagüey.

El estilo de misión del Arzobispo era ir puerta por puerta, casa por casa, calle por calle; y lo hacía él personalmente mientras tuvo energías para realizarlo. Se hacía



acompañar siempre de los sacerdotes y religiosas de que podía disponer, pero, si no contaba con ninguno no se arredraba, lo hacía él solo. Ese era su estilo. Era realmente un hombre incansable, que no delegaba en otros tareas que él pudiera llevar adelante; un misionero incansable, con gran voluntad, porque para mover aquella gran cantidad de materia, y a sus años, de verdad se necesitaba ser decidido y constante, y tener un gran deseo de servir a Dios y al pueblo.

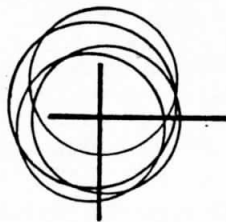
Dicen que para los secretarios no hay hombre grande, pero yo no puedo confirmar eso. Mientras más cerca estuve de él, mejor aprecié los pequeños detalles de su vida, y más creció mi admiración. Verlo bajar cada madrugada a la capilla, estar en oración, a veces dormitando, (producto de sus años y de sus correrías misioneras), pero mantenerse ahí, con voluntad de hierro ante el Señor, me edificaba intensamente. En relación a las distracciones en la oración él me decía: "No importa, mi deber es hacer oración. Si te duermes, cuando despiertes vuelve a la oración de nuevo".

Esta casa siempre la tenía abierta para el que acudía a él. Lo que ahora se hace aquí es lo que él hacía. Se sentía mal si venía algún sacerdote a la ciudad y no se sentaba a su mesa;

los sacerdotes de la ciudad le acompañaban a la mañana, al mediodía y en la noche. Sin romper el estilo de entonces, Monseñor se mostraba muy cercano. El que tocaba a sus puertas lo tenía a la disposición sin previa audiencia, sin previo aviso... y lo mismo los grandes que los más pobres y pequeños. Eso es lo que yo vi y aprendí desde el primer día que viví a su lado.

Un sacerdote amigo, español, que luego abandonó el ministerio, cuando vino por primera vez a Cuba se presentó en el arzobispado ya muy entrada la noche y llamó insistentemente; le abrió un señor mayor, que él supuso era el encargado de atender la puerta. Mi amigo se disculpó por la hora y dijo: "Quisiera ver al señor Arzobispo. Soy un español recién llegado, y estoy aquí llamado por él". Quien le había abierto la puerta le respondió: "Mire, se acuesta ahora, y mañana usted habla con el Arzobispo". Al día siguiente su sorpresa fue mayúscula, al darse cuenta que el "portero improvisado" de la noche anterior era el propio Mons. Pérez Serantes.

Sí, era un general que se mandaba a sí mismo; él era su tropa. Ya durante la revolución se quedó prácticamente sin sacerdotes para lo que entonces era la arquidiócesis (los territorios de la actual diócesis de Holguín, más las tres provincias orientales que forman la nuestra); recorría todo este territorio arriba y abajo, en constante labor misionera. ¡Era increíble su actividad apostólica!



Muchas de sus Cartas Pastorales se han perdido, otras las sustrajeron en momentos bien determinados pero, gracias a Dios, algunas están publicadas. ¡Qué hombre tan valiente! Sentía que tenía

que decir una palabra de aclaración, que emitir un juicio de valor sobre una situación determinada, sobre limitaciones a la libertad o sobre derechos humanos pisoteados, y lo decía libremente, lo escribía con claridad, sin necesidad de tener que leer entre líneas. Esa era la expresión de su fidelidad a este pueblo al que le había dado todo, y también de su fidelidad a la Iglesia. A medida que pase el tiempo, se aquilatarán más y más la justeza de sus afirmaciones y la valentía evangélica de sus actitudes.

Monseñor Pérez Serantes pasó también por la prueba, por la purificación de ver que muchas de las cosas que con tanto esfuerzo había construido se venían abajo, se destruían.



Conmigo, sobre todo al principio, fue un poco duro, y se lo agradezco. El trabajaba, era organizado en su trabajo, y luego exigía, cosa que luego yo no siempre he sabido hacer conmigo mismo.

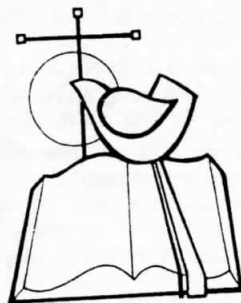
Yo me daba cuenta que aceptar los cambios del Concilio Vaticano II para él era demasiado duro: Toda

una vida viviendo en un marco determinado, dando importancia a todo aquello a lo que tradicionalmente la Iglesia daba importancia, y de pronto... un cambio tan brusco, tan de sopetón... Pero él era hijo fiel de la Iglesia, ¡hombre de Iglesia por los cuatro costados! Hubo un momento de gracia, y lo asimiló, entró dentro de aquello, a pesar de su edad, a pesar de sus convicciones de toda la vida.

Una de las cosas que más le costó fue cuando él, al cumplir los 75 años -la edad de la renuncia según las nuevas normas- fue a Roma a presentar al Papa

Pablo VI la renuncia de la Diócesis. Escribió la carta en Madrid, cuando íbamos camino de Roma. ¡Cómo le costó escribir aquella carta! El Papa no le aceptó la renuncia. Es probable que en esa ocasión pidiera ya al Sumo Pontífice una ayuda, un obispo auxiliar que le ayudara a llevar adelante el trabajo pastoral.

Mi relación con él no sabría cómo calificarla, no es fácil hacerlo; nosotros, los célibes, somos un tanto hueraños en esas cosas. Hablar de amistad quizás no sea lo más exacto; existía entre los dos



una diferencia de edad muy considerable. Yo diría que para mí era más objeto de veneración que de amistad. Cuando fui ordenado obispo, no sé si por esta circunstancia o porque ya sentía que se acercaba su final, me dio mucha más confianza; hablábamos de todo, tocábamos temas que sin duda él entendía que me serían muy útiles para lo que había de venir. Eso fue haciendo crecer, ya a un ritmo acelerado al final de sus días, la relación entre nosotros dos.

La imagen que conservo de Mons. Pérez Serantes es la de un pastor; cuando hablo de él, incluso reconociendo que también tenía sus limitaciones, le coloco en la línea de los grandes pastores de nuestra Iglesia.

Su muerte fue para mí como sentir un gran vacío, sentir que algo esencial me faltaba, que alguien que estaba ahí, que ocupaba una gran parte de mi vida, empezaba a estar presente de una manera distinta. Fue una experiencia dolorosa.

Hno. Luis: SEGUIMOS ADELANTE CON LA ENTRE VISTA, MONS. UD. TUVO UN GESTO NO COMUN, NO COMLENTE, EN SU ORDENACION COMO OBISPO: FUE EL SOLICITAR AL PADRE PASTOR GONZALEZ QUE PREDICARA LA HOMILIA. GENERALMENTE EN

LA ORDENACION DE LOS OBISPOS ES OTRO OBISPO QUIEN HACE LA HOMILIA. AQUELLA, AL PARECER, FUE UNA HOMILIA MUY SONADA, MUY COMENTADA EN LOS MEDIOS ECLESIASTICOS Y ENTRE LOS LAICOS. FUE UNA HOMILIA DIRIGIDA ESPECIALMENTE A UD., A SU PERSONA. ¿EN QUE SENTIDO SE SINTIO INTERPELADO POR AQUELLA HOMILIA?

Mons. Pedro: El Padre Pastor es otra de esas figuras señeras que han jalonado mi vida. Le conocí en el año 56, en Roma, con ocasión del II Congreso Mundial de Laicos, como asesor de los laicos cubanos, allí comenzó una amistad, que luego, con el correr de los años, fue creciendo.

Para mí fue un gran colaborador, me prestó un inestimable apoyo justo en los momentos que más lo necesitaba, cuando me quedé sólo, a mis 37 años, rodeado de sacerdotes mayores que yo, y con mucha mayor experiencia. Entonces me demostró realmente que era un gran sacerdote y un gran amigo.

El Padre Pastor era una de esas personas que se encarnan, que transmiten algo en aspectos muy determinados; un hombre que supo encarnarse en la vida del pueblo, que participó activamente en la vida social y en la vida política del país en sus años de laico. Un hombre de ideas, preocupado por la renovación, por la actualización de nuestra Iglesia, por la permanente encarnación de la Iglesia en la situación que se vivía en Cuba. Supo vivir una fidelidad especial a la Iglesia y una pasión por Cuba, por el pueblo. Todo eso yo lo veía encarnado en el Padre Pastor González. Por eso precisamente, le pedí que predicara la homilía el día de mi ordenación episcopal, y ciertamente que se rompieron los cánones tradicionales al hacerle esa petición.

Era un gran orador, extraordinario orador, de mucha fuerza, y de ideas muy claras; además, con un lenguaje capaz de llegar a todo el mundo. Posiblemente aceptó mi solicitud también por el afecto que me tenía, por el gran cariño que nos teníamos.

Conocía la psicología humana, las relaciones humanas y trató de recoger en su homilía, de transmitirme, como lo hizo Elías con Eliseo, el espíritu de

Mons. Serantes: La pasión por Cuba, por el pueblo cubano, y la fidelidad inquebrantable a la Iglesia. Yo no soy capaz de concebir estos grandes programas, las cosas más sencillas pero, mirando hacia atrás, en el fondo creo que esas grandes convicciones, esas grandes ideas, han sido como la columna vertebral de mi trabajo como obispo, siguiendo la renovación de la Iglesia en el Concilio, en Medellín y Puebla. Sí, ha sido así, algo querido, buscado: Echar raíces en la realidad de Cuba, de la Iglesia Cubana, del Pueblo Cubano, y guardarles fidelidad por encima de todo.

Antes de mi ordenación como obispo habíamos trabajado juntos en la parroquia de Vista Alegre, durante unos meses, cuando él, en el año 61, vino de La Habana para Santiago; aquí nos quedamos sin sacerdotes, y él se ofreció a ayudarnos. Luego se hizo cargo de la Zona de Guantánamo y Baracoa; también allí, al principio, compartimos los dos el trabajo. Estuvo en esa Zona muchos años, hasta que su enfermedad le obligó a regresar a La Habana, y allí murió.

Mantuvimos siempre una gran relación, por carta, o en ocasión de mis visitas a la capital por motivos de trabajo. Nuestra amistad siempre se mantuvo, mejor, fue creciendo; cuando trabajamos en equipo y cuando no, él siempre me prestó el apoyo que necesitaba, siempre, hasta el final de su vida.

Hno Luis: CON ESTO CONCLUIAMOS, MONSEÑOR: ¿TIENE ALGUN MENSAJE ESPECIAL PARA NOSOTROS, CON MOTIVO DE SUS BODAS DE PLATA COMO OBISPO?

Mirando hacia el futuro, que no le entreeveo fácil, quisiera no traicionar, ser fiel a todo eso que unos y otros han dicho de mí, hacerlo realidad de verdad de ahora en adelante. Esa es mi misión como Obispo y quiero ser fiel a ella: Ser fiel al Señor, a la Iglesia y al pueblo que me han encomendado, ese es mi mensaje y mi propósito.

ASI LO DESEAMOS TAMBIEN NOSOTROS, MONSEÑOR, Y GRACIAS POR LA ENTREVISTA.